

que, conservando acá en la tierra la paz, la caridad, tengamos como un prelude de esta unión eterna, que no debe formar sino un corazón y alma de todos vuestros escogidos en esa bienaventurada patria, á que nos habeis destinado... Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL SEXTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. MARCOS, VIII, 1-9.)

**Multiplicación de los panes; milagro que se renueva cada año;  
Debemos testificar por éllo á Dios nuestro agradecimiento.**

TEXTO. *Misereor super turbam, quia ecce jam triduo sustinent me, nec habent quod manducent.* Tengo compasión de la multitud, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen que comer.

EXORDIO. Hermanos míos, hacía más de dos años que Nuestro Señor Jesucristo recorría como un misionero las ciudades y aldeas de la Judea. Si como decíamos el último Domingo, los Escribas y Fariseos calumniaban su persona, negaban sus milagros y despreciaban sus enseñanzas; en cambio las almas más simples y rectas iban como encadenadas á sus pasos. Tomaban gusto en recoger aquellas hermosas lecciones dirigidas en forma de parábolas; además era su doctrina siempre confirmada por algun milagro nuevo producido por su poder. Él se había retirado á un monte desierto junto al mar de Galiléa; le había acompañado mucha gente; y le habían traído mudos, ciegos, cojos y otros muchos enfermos y los había sanado<sup>1</sup>. El entusiasmo se había apoderado de esta muchedumbre que admirada, exclama: Ha hecho bien todas las cosas, ha hecho oír á los sordos y hablar á

1. Juan, vi, 2-12.

los mudos. » Tal era la piadosa curiosidad del pueblo, que le hacía olvidar la bebida y comida...

Pero la bondad del Salvador no permitirá que esos hombres caigan en desfallecimiento, y el Evangelio de este día nos muestra como Él sabe subvenir á las necesidades de los que le aman y siguen.

« Como el pueblo hubiese concurrido otra vez en gran número y no tuviesen que comer, Jesús llamó á sus discípulos y les dijo: Tengo compasión de esas gentes, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen que comer, y si los enviare en ayunas á sus casas, desmayarán en el camino, porque algunos de ellos han venido de lejos. Sus discípulos (no atreviéndose á recordarle que ya una vez había con cinco panes de cebada alimentado millares de hombres) le respondieron: ¿ De dónde podrá alguien hartar á éstos de pan aquí en el desierto? Y Jesús les preguntó: ¿ Cuántos panes tenéis? y ellos dijeron: siete. Entonces mandó á la multitud, que se recostase en tierra, y tomando los siete panes, habiendo dado gracias, los partió y dió á sus discípulos para que los distribuyesen, y los distribuyeron á la multitud. Partió igualmente unos pocos pececillos, que había bendecido. Todos comieron de ellos, y se hartaron, y levantaron de los pedazos que habían sobrado, siete espuertas. Y eran los que comieron como cuatro mil. »

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. ¿ No os parece, hermanos míos, que si hubiésemos sido del número de estas cuatro mil personas así milagrosamente hartadas, habríamos admirado el poder y la bondad de nuestro divino Salvador; nos habríamos prosternado á sus piés para adorarle y aficionado á Él como al mejor de los dueños: en una palabra que este milagro nos hubiera trasportado de admiración y habríamos sido penetrados de la más viva gratitud? Amados hermanos míos, quiero esta mañana mostraros: *Primero* que este prodigio de la multiplicación de los panes se renueva cada año; *segundo*: que tenemos obligación de manifestar por esto nuestro agradecimiento al Señor.

*Primera parte.* Sí, amados cristianos, este milagro de la multi-



plicación de los panes, que Jesucristo obró una ó dos veces en favor de aquellos que le acompañaban, lo renueva, lo continua cada año en favor del universo entero, y particularmente en favor de nosotros todos. ¿ Habéis considerado el campo hace cerca de ocho ó diez meses? ¿ Qué habeis visto allí? Colinas desecadas, llanuras desnudas, despojadas de sus cosechas... Veíais allá y acullá á labradores ocupados en sus trabajos, cada uno de ellos llevaba consigo algunas medidas de centeno ó trigo, que sembraba en su campo; despues, surcando con la reja del arado la superficie de la tierra, volvía á cubrir estos puñados de grano esparcido sobre los surcos. Pero hoy, si recorréis ese mismo campo, cuán cambiado lo encontráis!... En esos lugares mismos en donde los sembradores echaron esos pocos granos de centeno ó trigo, en esas colinas, en esas llanuras, en donde poco despues echaron algunas medidas de avena ó cebada, crecen hermosas mieses. Éstas ya se encorvan ménos al soplo de los vientos, que bajo el peso de sus ricas espigas. Ya en algunos países ellas han sido recogidas; ya en el nuestro blanquean y parecen decir al brazo del segador: Dentro algunos dias. ¡ Ojalá Dios, que nos las há dado, las conserve aun, las preserve de todo accidente y os conceda un tiempo favorable para recogerlas!

¡ Ah pobres segadores, cuando encorvados bajo el peso del trabajo y calor, cuando cansados levantaréis hacia el cielo, para respirar mejor, vuestras cabezas tostadas por el sol, ¿ pensaréis que asistís á la multiplicación de los panes?... Y nosotros todos, hermanos míos, cuando contemplamos esas mieses ya amarillentas, ¿ consideramos que no son otra cosa, sino la renovación de este prodigio?

Y sin embargo, nada es más verdadero. En el Evangelio de este día pregunta Jesús á sus Apóstoles lo que tienen: « Siete panes, responden ellos; es todo lo que tenemos y es muy poco para hartar o tan grande multitud. — Dádmelás, responde el Salvador, y haced sentar á este pueblo... » Pero, o Dios mio, puesto que queréis obrar un prodigio, ¿ necesitáis acaso de estos panes? no podéis crearlos en vez de multiplicarlos? El milagro parecería

más espléndido. No, hermanos míos, Jesucristo, para obrar sus milagros como para concedernos sus gracias, quiere que hagamos lo que de nosotros depende, que demos lo que dar podemos. Los Apóstoles dan pues lo que tienen, y los siete panes, bastando apenas para alimentar algunas personas, han podido entre las manos divinas de Jesucristo hartar á cuatro mil hombres. Así es que esta multiplicación de los panes se realiza cada año bajo nuestro ojos. Jesucristo pide al labrador su trabajo y algunas medidas de simiente; y merced á su Providencia, ese poco grano, que ápenas bastaría para alimentar algunas familias, producirá cosechas abundantes, las cuales hartarán á aldeas, ciudades, reinos enteros!...

Decidme, amados cristianos, es que no hay igualmente en estas dos circunstancias el milagro de la multiplicación de los panes? La sola diferencia entre esos dos prodigios está en que en el uno Nuestro Señor Jesucristo obró esta multiplicación en un instante y por un acto directo de su voluntad, miéntras que el otro se cumple en varios meses y Dios para obrar exige al hombre el concurso de su trabajo, y emplea para producirlo la lluvia, el sol, el frío, el calor y diversos elementos de la naturaleza, que tiene en su poder...

*Segunda parte.* He añadido, hermanos míos, que era para nosotros todos una obligación el mostrarnos agradecidos por esta bondad, con la cual Dios multiplica cada año el grano, que ha de nutrirnos. Y este agradecimiento es un deber no solo para el labrador, sino tambien una obligación para nosotros todos, ricos ó pobres, cualquiera que sea la condición á la cual pertenezcamos, cualquiera que sea nuestro empleo ó profesión... Necesitamos todos de pan para sostener nuestra vida, por lo tanto debemos bendecir la Providencia, que lo multiplica así cada año...

Leemos en otro pasaje del Evangelio <sup>1</sup>, que una muchedumbre alimentada así por Jesús de una manera milagrosa en el desierto, quería en el transporte de su gratitud levantarle y proclamarle

1. Juan, vi.



rey. El no se había aun manifestado á estos hombres ; ignoraban ellos que era el Hijo de Dios, el rey de los Cielos, incomparablemente por encima de las dignidades reales todas de la tierra ! Pero, nosotros, hermanos míos, nosotros cristianos, nutridos con su doctrina, instruidos con su ley, que sabemos que él es el Dios que produce este milagro, que multiplica así nuestros granos, que nos da así nuestro pan diario, ¿ serémos pues más ciegos y ménos agradecidos que esta muchedumbre, que no le conocía ?... ¿ No le serviremos como á nuestro rey ? ¿ No le amarémos como á nuestro padre ? ¿ No le daremos gracias, adorándole como á nuestro Dios ? ¡ Ah, hermanos míos, estos beneficios de Dios son tan comunes, tan ordinarios, que no pensamos en ellos !... Nos tocan, y no los vemos, nos rodean, y no los sentimos ! Somos como niños, necesitamos que se nos recuerden muchas veces y con instancia para que los comprendamos... Si al ménos entendiésemos !...

Una piadosa niña, hija del rey Luis XV, que más tarde hizose carmelita y murió en olor de santidad, muy jóven aun, decía un día á su aya : « Yo todas las noches cuando me acuesto, todas las mañanas, cuando me levanto, digo á Jesucristo : « Dios mio, os doy mi corazon ; » decidme, ¿ es que Jesús no me dará nada en cambio ? La prudente aya aprovechó esta ingénua pregunta, para llamar la atención de su alumna sobre los beneficios del Señor : « Creéis, dice, hija mía, que Jesús no os dá nada ? Pero sin hablar de su sangre, de su vida que dió para rescataros cuando murió en la cruz, todo lo que tenéis viene de él, no sólo os ha dado la vida, sino os la conserva !... ¿ De qué pues se componen vuestros vestidos ? — De lana y seda, respondió la niña. — Pues bien ; es Dios que hace hilar la seda al gusano que la produce ; es Dios que hace crecer la lana sobre el lomo de los pequeños corderos, ¿ no es, pues, Dios quien os dá vuestros vestidos ? Y vuestra comida hija mía, es tambien Dios quien os la da ; Él hace crecer en el campo el grano de que está fabricado ese pan, de que os alimentáis... No lo olvidéis, niña querida, todo lo que tenéis, Dios os lo ha dado, y no es por de más que en recompensa de tantos beneficios le entre-

gueis vuestro corazon... » — La niña retuvo fielmente esta lección. Cada vez que se recreaba con el perfume de una flor, ó el sabor de una fruta, se complacía en repetir estas palabras : *Esto es un beneficio de Dios, es menester darle gracias* <sup>1</sup>.

¡ Pues bien, hermanos míos, de la misma manera que esta piadosa niña, sepamos nosotros mostrarnos agradecidos. Estas cosechas que estáis para recoger, son un beneficio del Señor, es menester darle gracias... ¡ Oh vosotros, que debéis recoger, en los campos, con muchas fatigas y penas estos ricos presentes del Señor, no seais ingratos. Sean cuales fueren vuestras ocupaciones, no olvidéis á Dios, sed fieles en rogarle ; por la mañana, que vuestra alma le bendiga y como la alondra, haga subir hácia el cielo un himno de agradecimiento. Hácia el mediodía, cuando interrumpais vuestro trabajo para tomar aliento y enjugar el sudor que mane de vuestra frente, cuando sentados bajo alguno sombraje, reparéis vuestras fuerzas por medio de una frugal comida y de un instante de descanso, bendecid tambien al Señor y dadle gracias... Y por la tarde, cuando llegados al cabo de vuestro surco, contempleis las gavillas amontonadas, dadle gracias aun.

PERORACIÓN, Pero sobre todo el Domingo !... ¡ Ah, amados hermanos míos, cuán sensible es á nuestro corazon el ver que en la estación misma en la cual el Señor nos colma mas de sus beneficios, la iglesia queda más desierta y los oficios divinos son ménos frecuentados !... ¡ Qué pues ! ¿ no estáis bastante fatigados ? ¿ No necesitáis descanso para vuestro cuerpo y del refrigerio de la oración para vuestra alma ? ¿ Porqué esta obstinación en trabajar el día del Señor... — « El tiempo no sufre dilación alguna, decís, no sabe uno lo que puede sobrevenir. » — Ingratos ! ¿ pensáis que Dios, que hasta ahora os ha conservado vuestras mieses, no es bastante poderoso para conserváros las un día más ?... ¿ No véis que, al profanar así el día, que se he reservado, os atraéis su cólera ?... No, ¡ oh amados hermanos míos, no deserteis de la iglesia durante esta estación, no abandoneis los divinos oficios ; tendremos consi-

1. *Vida de doña Luisa de Francia.*



deración por vuestras fatigas; nuestras instrucciones serán más breves, que de costumbre... Venid, y todos juntos, dando gracias á Dios por sus beneficios, repetiremos este cántico de agradecimiento, que cantaba el santo rey David: bendice, alma mía, al Señor y bendigan todas mis entrañas su santo nombre <sup>1</sup>. » Vos sois, o Dios, quien haceis brotar las fuentes en los valles y haceis correr por las aguas entre los montañas. Regáis los campos con las nubes, que caen del cielo. Producís el heno para los animales; y para el hombre, haceis salir de la tierra el pan, que le alimenta y el vino, que ha de alegrar su corazón... Vos habéis criado el día y la noche; la noche en que descansa el hombre, es el tiempo que habéis dado á las fieras; pero, desde luego que amanece, vuelven ellas á entrar en sus cuevas, y el hombre sale para ir á su trabajo. O Dios de las misericordias, ¡cuan hermosas son vuestras obras!... Bendigamos juntos, amados hermanos míos, al Señor; ojalá podamos bendecirle en el tiempo y también durante la eternidad... Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL SÉPTIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(MAT. VII, 15 22.)

**Qué debemos entender por falsos profetas; Obligación de estar en guardia contra ellos.**

**TEXTO.** *A fructibus eorum cognoscetis eos.* Por sus frutos los conoceréis.

**EXORDIO.** Hermanos míos, cuentan que la madre de un célebre caballero francés llamado Bayardo, al separarse de su hijo, que iba á casa del gobernador del Delfinado, para hacer el aprendizaje

1. Salm. ciii.

de las armas, le daba los más sabios consejos y le precavía con una solicitud verdaderamente maternal contra los peligros á que podría estar expuesto. « Caro hijo, le decía, antes de todo, acuérdate de Dios, permanécele fiel; sé bondadoso, leal y generoso con los hombres, evita la compañía de los malos, no te fíes de su lengua melosa y pérfida <sup>1</sup>. »

Esta previsora madre imitaba con eso á nuestro divino Salvador... No solamente en su Evangelio nos enseña Jesús lo que debemos hacer, sino que también nos advierte de los peligros, que pueden perdernos... Unas veces dice á sus Apóstoles: « No temais las persecuciones; estaréis expuestos á ellas, estad ciertos de ello. Pero tened confianza, yo estaré allí para sosteneros. » Y en el Evangelio de este día nos precave contra los peligros, á que está expuesta nuestra fé por parte de aquellos á quienes llama falsos profetas. <sup>2</sup>

« Guardaos, nos dice, de los falsos profetas que vienen á vosotros con vestidos de ovejas, mas dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los reconoceréis. ¿ Por ventura cogen uvas de los espinos, ó higos de los abrojos?... Así todo árbol bueno lleva buenos frutos; mas el árbol malo lleva malos frutos. Todo árbol que no lleva buen fruto, será cortado y echado al fuego. Así que por sus obras los conoceréis á esos falsos profetas. No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos. »

**PROPOSICIÓN.** Me propongo pues está mañana explicaros en pocas palabras la enseñanza que nos dá nuestro Señor en este Evangelio, y mostraros la importancia de la misma.

**DIVISIÓN.** Veamos pues: *Primero*: Qué debemos entender por falsos profetas, y á que señales se les reconoce; despues, *en segundo lugar*, veremos que es un deber para nosotros evitarlos y desconfiar de ellos.

1. *Vida de Bayardo.*

2. I Cor., xiv *et alibi.*